

de ternura y de lo maravilloso, y de esos pobres que amaba Jesús, se apiñaba en torno del pesebre, y entre ellos, lo que sorprendió á Eliseo fué, en la primera línea de estos humildes fieles, dos hombres de porte mundano, dos mujeres elegantes en traje sencillo, arrodilladas profundamente sobre las losas, sosteniendo una de ellas á un niño que envolvía en sus brazos cruzados con un gesto de proteccion y de súplica:

—¡Son reinas!—le dijo por lo bajo una vieja, jadeante de admiracion.

Extremecióse Eliseo á estas palabras, y habiéndose aproximado despues, reconoció el perfil fino, la andadura aristocrática de Christian de Iliria, y cerca de él, la cabeza morena, huesosa, la frente aún jóven y despejada del rey de Palermo. De las dos mujeres no se veía mas que unos cabellos negros y otros aleonados, y esa actitud de madre apasionada. ¡Ah! ¡qué bien conocía á Meraut el sagaz sacerdote que habia, por decirlo así, puesto en escena la entrevista del jóven príncipe y de su futuro director. Estos reyes desposeidos, viniendo á rendir su homenaje al Dios que para recibirlos parecía ocultarse, él tambien en esta cripta, esta mezcla de un trono caído y un culto agonizante, la triste estrella del destierro guiando hácia un Belen de arrabal á estos pobres magos postrados, sin cortejo y con las manos vacías, todo esto le hinchaba el corazón. El niño, el niño sobre todo, tan enternecedor con su manecita inclinada hácia los animales del pesebre, la curiosidad de su edad templada por una reserva sufrida... Y delante de esta frente de seis años, donde el porvenir se encerraba ya como la mariposa en su blanco capullo, Eliseo pensaba cuánta ciencia, cuán tiernos cuidados serian necesarios para hacerle brillar esplendorosamente.

## III

## La corte en Saint Mandé.

Lo provisional del *Hotel de las Pirámides* habia durado seis meses, con las maletas apenas deshechas, los sacos sin abrir, y el desórden y la incertidumbre de un campamento. Todos los días llegaban excelentes noticias de Iliria. Desprovista de raíces, sobre un suelo nuevo, donde no tenia pasado ni héroes, la República no prendía. El pueblo se cansaba y echaba de ménos á sus príncipes; cálculos de una certeza infalible acababan de decir á los desterrados: «Estad prontos... Será mañana...» No se clavaba un clavo en las habitaciones, no se cambiaba de lugar un solo mueble sin esta exclamacion de esperanza: «¡No merece la pena!» No obstante, el destierro se prolongaba, y la reina no tardó en comprender que esta estancia en el hotel en medio de un torbellino de extranjeros, en un tránsito de pájaros peregrinantes de todas plumas, llegaría á ser contraria á la dignidad de su rango. Levantóse la tienda, se compró una casa y se verificó la instalacion. De nómada el destierro se hizo sedentario.

El lugar fué Saint-Mandé, sobre la avenida Daumesnil, en lo alto de la calle Herbillon, en esta parte que costea el bosque, bordada de construciones elegantes, de rejas coquetas, que

dejan ver arenosos jardines, redondas graderías, pradecillos ingleses que forman la ilusión de estar viendo uno de los rincones de la avenida del bosque de Boulogne. En uno de estos hoteles se habían ya refugiado el rey y la reina de Palermo, escasos de fortuna, huyendo del ruido y de los barrios lujosos de la *high-life*. La duquesa de Malines, hermana de la reina de Palermo, había venido á acompañarle á Saint-Mandé, y ambas atraían sin mucho trabajo á su prima á este barrio. Fuera de las consideraciones de la amistad, Federica deseaba ponerse aparte de la alegría jovial de París, protestar contra el mundo moderno y las prosperidades de la República, evitar esa curiosidad que se une á las gentes conocidas y que le parecía una injuria á su caída. El rey había puesto el grito en el cielo al principio por lo lejano de la habitación; mas él encontraría pronto allí un pretexto para sus largas ausencias y para sus entradas tardías. Por último, — y esto era lo primero de todo, — la vida era ménos cara allí que en otra parte, y allí se podía sostener cierto lujo con pocos dispendios.

La instalacion fué confortable. La casa blanca, con tres pisos, flanqueada de dos torrecillas, miraba al bosque al través de los árboles de su pequeño parque, mientras que sobre la calle Herbillon se redondeaba un gran patio enarenado hasta la gradería que sobremontaba una marquesina soportada en forma de tienda por dos largas lanzas inclinadas. Diez caballos en la cuadra, caballos de tiro, caballos de silla, — la reina montaba todos los días, — la librea con los colores de Iliria, con peinado á martillos y empolvado, con un portero, cuya alabarda y tahalí de oro verde eran tan legendarios en Saint-Mandé y en Vicennes, como la pierna de madera del viejo Daumesnil, constituyendo todo esto un lujo conveniente y casi nuevo.

No hacia quizá, en efecto, más de un año que Tom Levis había improvisado con todas sus decoraciones y accesorios la escena principal donde se va á representar el drama histórico que vamos refiriendo.

¡Ah! Dios mio, sí, Tom Levis... A despecho de las desconfianzas, de las repugnancias, fué menester recurrir á él. Este gordo hombrecuelo era de una tenacidad y de una elasticidad sorprendentes. Su saco estaba lleno de tantas malicias, de tantas llaves, de tantas *pinces-monseigneur* como eran menester para abrir ó forzar cerraduras resistentes sin contar las maneras que él tenía de ganar el corazón de los proveedores, de los criados, de los camareros. «¡Sobre todo, nada con Tom Levis!» Decíase siempre esto para comenzar. Pero entonces, nada se adelantaba. Los abastecedores no entregaban á tiempo sus mercancías, los criados se insurreccionaban, hasta el día en que aquel hombre, apareciendo con sus lentes de oro y sus dijes; las colgaduras descendían por sí mismas desde los techos, se alargaban en los estrados, se anudaban, se complicaban en portiers, en cortinas, en alfombras decorativas y algodónadas. Los caloríferos se encendían, las camelias subían en la *serre*; y los propietarios instalados con prontitud, no tenían que hacer más que gozar y esperar sobre los sillones cómodos de los salones, el paquete de facturas que debía llegar de todos los rincones de París.

En la calle Herbillon era el viejo Rosen el jefe de la casa civil y militar, quien recibía las cuentas, pagaba lo librado, administraba la pequeña fortuna del rey, y tan diestramente, que en este marco dorado colocado á su desgracia, Christian y Federica, vivían aún con amplitud. Reyes los dos, é hijos de reyes, no sabían, por otra parte, el precio de ninguna cosa, acostumbrados á verse en efígie sobre todas las piezas de oro y á acuñar moneda según su beneplácito; y léjos de admirarse de este bienestar, sentían, por el contrario, todo lo que faltaba á su nueva existencia, sin hablar del vacío glacial que deja alrededor de las frentes una corona caída. La casa de Saint-Mandé, tan sencilla al exterior, se había ornado á manera de pequeño palacio en el interior; la cámara de la reina, recordando exactamente por sus lámparas azules cubiertas de viejos *brugés*, la del castillo de Leybach: el gabinete del príncipe, idéntico al que acababa de

dejar, y en la escalera las reproducciones de las estatuas de la residencia real. ¿Qué otra cosa eran estos pequeños detalles de delicada adulación para los poseedores de cuatro castillos históricos y de aquellas residencias de verano entre el cielo y el agua, que unas pobres praderas desapareciendo bajo las olas, en las islas verdes que se llaman «los jardines del Adriático?»

En Saint-Mandé, el Adriático era el pequeño lago del bosque que la reina tenía frente á sus ventanas, y que miraba tristemente como Andrómaca desterrada miraba su pérfido Simois. Por restringida, no obstante, que fuese su vida, acontecía á Christian, más experimentado que Federica, admirarse de esta comodidad relativa.

—Este Rosen es increíble,—decía.—No sé, en realidad, cómo se las compone para atender á todo con lo poco que tenemos.

Después añadía riendo:

—Y es bien seguro que no pone nada de lo suyo.

El hecho es, que en Iliria, Rosen era, como decir, Harpagon. En París mismo, este renombre de tacañería había seguido al duque y se encontraba confirmado con el matrimonio de su hijo, matrimonio rematado en las agencias especiales, y que toda la gentileza de la pequeña Sauvadon no impedía que fuese una sórdida perversa alianza.

Con todo, Rosen era rico. Aquel viejo panduro, que llevaba todos sus instintos rapaces y de pillo, escritos en su perfil de pájaro de presa, no había hecho la guerra á los turcos y montenegrinos únicamente por conquistar gloria. A cada campaña, sus furgones volvían repletos, y el magnífico hotel, que ocupaba en la punta de la isla San Luis, muy cerca del hotel Lambert, rebosaba de cosas preciosas, colgaduras de Oriente, muebles de la Edad Media y de tiempos de la caballería, trípticos de oro macizo, esculturas, relicarios, telas bordadas y laminadas, botín de conventos ó de serrallos, amontonado en una serie de inmensos salones de recepción, abiertos solamente una vez cuan-

do el matrimonio de Herberto y la fiesta fantástica, pagada por el tío Sauvadon; pero que después, sombríos y echados el cerrojo, conservaban sus riquezas detrás de las cortinas replegadas, los postigos cerrados, sin temer siquiera la indiscreción de un rayo de sol.

El buen hombre llevaba allí una verdadera existencia de maniático, confinado en un solo piso del inmenso hotel, contentándose con dos criados por todo servicio, observando un régimen de provinciano avariento, mientras que las vastas cocinas de los subterráneos, con sus asadores inmóviles y sus hornillas apagadas, permanecían tan cerradas como los departamentos de gala.

La llegada de sus soberanos, el nombramiento de todos los Rosen para los cargos de la pequeña corte, habían cambiado algún tanto las costumbres del anciano duque. Primeramente los jóvenes habían ido á vivir con él, en su instalación del parque Monceaux,—una verdadera jaula moderna de dorados alambres—encontrándose demasiado lejos de Vicennes. Todas las mañanas á las nueve, sin importar nada el tiempo que hiciese, la princesa Coletta estaba lista para el levantar de la reina y subía en carruaje al lado del general, en medio de esa bruma ribereña que las mañanas de invierno y de verano dejan arrastrarse hasta el mediodía en la punta de la isla como un velo sobre la decoración mágica del Sena. A esta hora el príncipe Herberto probaba á recuperar un poco el sueño perdido durante un rudo servicio de noche; el rey Christian, habiendo llevado diez años de vida de provincia y de recogerse al toque del cubre-fuegos conyugal, no podía pasarse sin el París nocturno, por el cual, cerrados ya los teatros y los cafés, encontraba al salir del club un encanto en zancajear sus boulevares desiertos, secos y sonoros ó lucientes de agua, con la línea de los reverberos como una guarnición de fuego, por toda la orilla de la larga perspectiva.

Apénas llegaba á Saint-Mandé, Coletta subía cerca de la reina. El duque se instalaba en un pabellon-chalet de uso gene-

ral, al alcance del servicio y de los proveedores. Llamábase á esto la intendencia: y era un cuadro conmovedor ver á este vejarrón sentado en su sillón de moleskine, entre los papeles, los apartados, las cajas de cartón, recibiendo y arreglando pequeñas facturas de tenderos, él que había tenido bajo sus órdenes en la residencia á todo un pueblo de húsares con galones. Era tal su avaricia, que aun sin pagar por su cuenta, siempre que debía dar dinero, se verificaba en su rostro una contracción de todos los rasgos, un fruncimiento nervioso de las arrugas, como si las hubiese replegado con el cordón de un sudario; su cuerpo rígido y derecho protestaba y hasta con el gesto automático con que abría la caja incrustada en la pared. A pesar de todo, él se las arreglaba para estar siempre pronto, y subvenir con los recursos modestos de los príncipes de Iliria, al despilfarro inevitable en una gran casa, á los actos de caridad de la reina, á las larguezas del rey, hasta á los placeres que rezaban en el presupuesto; porque Christian II mantenía su palabra, y pasaba alegremente el tiempo de su destierro. Asíduo á las fiestas parisienses, acogido en los grandes círculos, buscado con interés en los salones, su perfil belitre y fino, descubierto en la confusión animada de los palcos de primera fila, ó en el vuelo tumultuoso de una vuelta de carreras de caballos, había tomado lugar desde ahora en los medallones conocidos de todo París entre la osada cabellera de una actriz en voga y el rostro descompuesto de ese príncipe real en desgracia, que rueda por los cafés del boulevard, esperando que suene para él la hora de reinar.

Christian llevaba la vida ociosa y atareada al par de la joven Goma. Por la tarde al juego de pelota, al skating, después al bósque, una visita al caer el día á cierto *boudoir chic*; de cuyo lujoso aparato y excesiva libertad de palabras gustaba mucho; á la noche, á los teatrillos, al círculo, y sobre todo al juego, manejo de cartas donde se le podía haber encontrado su origen bohemio, su pasión por el azar y todos sus presentimientos. Con la reina no salía nunca, excepto los domingos para con-

ducirla á la iglesia de Saint-Mandé, y no la veía sino á las comidas. Temía á esta naturaleza razonable y recta, siempre preocupada con el deber, y cuya desdeñosa frialdad le oprimía como una conciencia visible. Era el llamamiento á sus cargos de rey, á las ambiciones que quería olvidar, y demasiado débil para resolverse de frente contra esta dominación muda, prefería huir, mentir, sustraerse. Por su parte, Federica conocía tanto este temperamento de esclavo ardiente y flojo, vibrante y frágil; habíase visto obligada tantas veces á perdonar los desvaríos de este hombre niño, que conservaba todo lo que es propio de la infancia, la gracia, la risa, hasta la crueldad en el capricho; le había visto con tanta frecuencia de rodillas delante de ella después de una de esas faltas en que jugaba su dicha y su dignidad, que se había completamente descorazonado del marido y del hombre, si es que le quedaban aún algunos respetos para el rey. Y esta lucha duraba casi desde hacía diez años, por más que en apariencia el matrimonio estuviese muy unido.

En estas alturas de la existencia, con anchos departamentos, con innumerabilidad de criados y el ceremonial que abre las distancias y comprime los sentimientos, tales mentiras son posibles. Pero el destierro iba ahora á hacerles traición.

Federica había primeramente esperado que esta dura prueba madurara la razón del rey, despertara en él estas grandes sacudidas que forman los héroes y los vencedores. Por el contrario, vió crecer en sus ojos una embriaguez de fiesta y de vértigo encendido por la estancia de París, su fósforo diabólico, lo incógnito, las tentaciones y la facilidad del placer. ¡Ah! Si ella hubiera querido seguirle, dividir con él esta carrera loca por el torbellino parisiense, hacer por que se citara su belleza, sus cabellos, sus trajes, presentarse con todas sus coqueterías de mujer á la vanidosa ligereza de su marido, una avenencia hubiera sido posible. Pero ella permanecía más reina que nunca, no abdicaba en nada de sus ambiciones, de sus esperanzas, y desde lejos, encarnizada en la lucha, enviando carta sobre carta á los

amigos de allá, protestando, conspirando, hablaba á todas las córtés de Europa de la iniquidad de su infortunio. El consejero Boscovich escribía bajo su dictado; y al mediodía, cuando el rey bajaba, ella misma presentaba el correo á la firma. Y firmaba, ¡qué diablo! firmaba todo lo que ella queria, pero con cierto estremecimiento de ironía en los ángulos de los lábios. El excepcionalismo del medio en que vivía burlon y frío, había acabado por dominarle; á las ilusiones del principio, por un cambio propio de esas naturalezas extremas, había sucedido la convicción formal de que el destierro se prolongaría indefinidamente. Así que fastidioso, fatiga aportaba á las conversaciones en que Federica intentaba elevarle á su propia fiebre buscando en el fondo de aquella mirada la atención que no podía fijar. Distruido, perseguido por alguna nécia musiquilla, tenia siempre en su cabeza la vision de la última noche, el atolondramiento beodo y lánguido del placer. Y qué «¡uf!» de desahogo cuando se hallaba por fin fuera, y qué vuelta á la juventud y á la vida, que cada vez dejaba á la reina más triste y más aislada.

Después de este trabajo de escritura por la mañana y del envío de algunos de esos billetitos elocuentes y cortos en que ella reavivaba el valor, los sacrificios próximos á desfallecer, las únicas distracciones de Federica eran la lectura de su biblioteca de soberana, compuesta de memorias, de correspondencias, de crónicas de tiempos pasados ó de alta filosofía religiosa; luego los juegos del niño en el jardín y algunos paseos á caballo por el bosque de Vincennes, paseos raramente prolongados hasta los confines adonde desembocaban los últimos ecos del ruido parisiense, y se estrellaban las postreras miserias del gran arrabal, pues París le causaba una antipatía, un terror insuperable. Apenas una vez por semana iba, con su librea de gala, á pagar sus visitas á casa de los príncipes desterrados. Sin gusto al partir, volvía igualmente desalentada. Bajo estos infortunios régios, dulce y noblemente sobrellevados, sentía el abandono, la renuncia completa, el destierro aceptado, tomado con paciencia, por

costumbre ya, y frustrado por manías, por miserias ó por cosas aún peores.

La más digna, la más fuerte de estas majestades caídas, el rey de Westphalia, pobre anciano ciego, tan conmovedor, con su hija, su rubia Antígona, guardaba la pompa y las apariencias de su rango, pero no se ocupaba más que de coleccionar tabaqueras, establecer escaparates de curiosidades en sus salones, burla singular á la enfermedad que le impedía gozar de sus tesoros. En casa del rey de Palermo habia tambien una especie de renacimiento apático, complicado de duelos, de tristeza, de falta de dinero, el matrimonio desunido, y la ambicion matada con la pérdida del único hijo. El rey, casi siempre ausente, dejaba á su esposa en su hogar de viudez y de destierro; y en tanto la reina de Galicia, fastuosa, apasionada del placer, no cambiaba nada en sus costumbres turbulentas de soberana exótica, y el duque de Palma que descogaba de vez en cuando su escopeta, intentando franquear la frontera que cada vez más duramente le rechazaba á la ociosidad miserable de su vida. En el fondo, contrabandista más bien que pretendiente, hacia la guerra para tener dinero y muchachas, dando á su pobre duquesa todas las emociones de la desgraciada esposa de uno de esos bandidos de los Pirineos á quien se trae en unas angarillas cuando se retardan, al anochecer, en medio del camino.

Todos estos desposeidos no tenian más que una palabra en los lábios, una divisa en reemplazo de las sonoras divisas de sus casas reales: «¿A qué cansarnos?... ¡De nada servir!» A los entusiasmos, á los fervores activos de Federica, los más pulidos contestaban con una sonrisa, y las mujeres replicaban hablando de teatros, de religion, de galanteos ó modas; y poco á poco, este tácito rebajamiento de un principio, este desaliento de fuerzas, ganaba hasta á la valerosa dalmata. Entre este rey, que no queria ya serlo, y el pobre Zara, tan lento en crecer, todo la heria con el desmayo. El viejo Rosen no hablaba casi, encerrado todo el dia en su despacho. La princesa no era más que un pá-

jaro, sin cesar ocupado en alisar sus plumas; Boscovich un niño, la marquesa una loca. Aún quedaba el padre Alfeo; pero este monje, feroz é iracundo, no hubiera podido comprender ni media palabra de los íntimos estremecimientos de la reina; de sus dudas, de los temores que comenzaban á asaltarla. Uníase á esto hasta la estacion del año. Aquel bosque de Saint-Mandé, en el estío lleno de verdura y de flores, desierto y tranquilo como un parque durante la semana, graznador el domingo por la algazara popular, recobraba bajo el invierno, próximo ya, en el luto de los horizontes lluviosos, en la bruma flotante de su lago, el aspecto de desolacion sin grandeza, de los lugares de recreo, abandonados. Torbellinos de cuervos volaban por cima de los negros zarzales, por cima de los grandes árboles retorcidos que balancean nidos de picazas, por cima de los muérdagos cabelludos, con sus copas descoronadas. Este era el segundo invierno que pasaba Federica en París. ¿Por qué le parecia más largo, más lúgubre que el otro? ¿Era acaso el estruendo del hotel lo que le faltaba, el movimiento de una ciudad tumultuosa y rica? No. Mas á medida que la reina se achicaba en sí misma, la mujer recobraba sus debilidades, sus penas de esposa abandonada, sus nostalgias de extranjera arrancada del suelo natal.

En la galería enristalada, anéxa al salon grande, en la cual habia formado un pequeño jardin de invierno, en un rincón fresco, distante del ruido de la casa, ornado de claras cortinas, de plantas verdes en todos sus ángulos, pasábase ahora dias enteros, inactiva, delante del jardin, y de su confusion de ramas trémulas, que cortan el horizonte gris como una placa de agua-fuerte, con una mezcla de verduras sombrías y resistentes, que los acebos y los bojés conservan aún bajo la nieve, y cuya blancura era traspasada por las agudas ramas. Sobre los tres cuerpos superpuestos de la fuente, las sábanas de agua que caian tomaban un tinte de fria plata, y más allá de la alta verja que rodeaba la avenida Daumesnil, de vez en cuando, rompiendo el silencio y la soledad de dos leguas de bosques,

los tranvías de vapor pasaban silbando, con su ancha humareda lanzada atrás, tan tarda en disiparse por la amarilla atmósfera, que Federica podía seguirla largo tiempo, y verla perderse poco á poco, lenta y sin rumbo como su vida.

En una mañana lluviosa de invierno, fué cuando Eliseo Meraut dió su primera leccion al niño real en este pequeño abrigo de la tristeza y de los sueños de la reina, el cual tomó este dia el aspecto de un gabinete de estudios: libros, mapas abiertos sobre la mesa, una luz difundida de obrador ó de clase, la madre simplemente en su bata de tela negra, que estrechaba su alto talle, una pequeña máquina para arrollar laca frente á ella, y el maestro y el discípulo tan excitados, tan conmovidos el uno como el otro en su primera entrevista. El pequeño príncipe reconoció vagamente la cabeza enorme y fulgurante que se le habia mostrado la noche de Navidad en el crepúsculo religioso de la capilla, y que su imaginacion, obstruida con los cuentos azules de Madama de Silvis, habia asimilado á alguna aparicion del gigante Robistor ó del encantador Merlin. Y la impresion de Eliseo no era ménos quimérica, pues que en este muchachuelo temblon, vejete y enfermizo, de frente ya arrugada, como si hubiese soportado los seiscientos años de su raza, creia ver un jefe predestinado y conductor de hombres y de pueblos, diciéndole gravemente y con la voz temblorosa.

—Mi señor, vos sereis rey un dia... es menester que aprendais lo que es un rey... Escuchadme bien, miradme bien, y lo que mi boca no expresára con bastante claridad, el respeto de mis ojos os lo hará comprender...

Entonces, inclinado sobre esta pequeña inteligencia al nivel del suelo, con palabras é imágenes asequibles á ella, le explicaba el dogma del derecho divino, los reyes desempeñando una mision sobre la tierra, entre los pueblos y Dios, cargados de deberes, de responsabilidades que los otros hombres no tienen, y que les son impuestas desde su infancia... Que el pequeño príncipe comprendió perfectamente lo que se le decia, no es casi

probable; quizás sentíase envuelto en ese calor vivificante de que los jardineros, que cuidan una planta rara, rodean la fibra delicada, el mísero boton. En cuanto á la reina, encorbada sobre su tapicería, escuchaba llegar hácia ella con una sorpresa deliciosa esta palabra que esperaba desesperadamente desde hacia algunos años, que respondía á sus pensamientos más secretos, los llamaba y los sacudía... ¡Había tan largo tiempo cavilado ella sola sobre tantas cosas que no hubiera sabido decir sin que Eliseo le hubiera dado la fórmula! Delante de él, desde el primer día, se sintió como un músico desconocido, un artista que no ha sido expresado aún, delante del ejecutante prestigioso de su obra.

Sus más vagos sentimientos acerca de la gran idea de la dignidad real tomaban cuerpo y se resumían magníficamente y con gran sencillez puesto que un niño, un pequeño niño, podía casi comprenderlos. Mientras que ella miraba á este hombre con sus grandes facciones animadas de fe y de elocuencia, veía en oposicion la linda cara indolente, la sonrisa indecisa de Christian, y escuchaba aquel eterno «¿Para qué?» de todos aquellos reyes sin corona, y las chismografías de las *boudoirs*, de las princesas, y era este plebeyo, este hijo de un tejedor,—cuya historia conocía ya,— quien había recogido la tradicion perdida, conservado el fuego sagrado cuya llama estaba visible en este momento sobre su frente, comunicativa en el ardor de su discurso. ¡Ah! ¡si Christian hubiese sido como éste, ellos estarían aún sobre el trono, ó hubieran desaparecido entrambos sepultados bajo sus escombros! ¡Cosa singular! en esta atencion, de que no podía defenderse, la voz, el rostro de Eliseo le despertaban una impresion de recuerdo. ¿De qué sombra de su memoria se levantaban esta frente de genio, estos acentos que resonaban en lo más profundo de su sér, allá en alguna cavidad secreta de su corazon?

Púsose, en esto, el maestro á interrogar á su discípulo, no sobre lo que sabía,—que era ¡ay! nada ó muy poco,—sino para

tantear lo que pudiera enseñarle. «Sí, señor... No, señor...» El príncipe no tenía más que estas dos palabras en los lábios, y empleaba todas sus fuerzas en pronunciarlas con esa gentileza tímida de los muchachos educados por mujeres en la perpetuidad de sus primeras niñerías. Probaba, no obstante, el pobre pequeuelo, bajo la balumba de conocimientos variados que le había dado Madama de Silvis, por sacar algunas nociones de historia general entre las aventuras de enanos y de hadas que bordaban su pequeña imaginacion dispuesta como un teatro de hechicería. Desde su sitio, la reina le sostenía, le alentaba, le alzaba interiormente sobre su alma. Al partir las golondrinas, si la más pequeña del nido no vuela aún, del mismo modo la madre le presta vuelo sobre sus propias alas. Cuando el niño titubeaba en responder, la mirada de Federica, dorada en sus ojos de agua-marina, se hundía como la ola bajo la arena que pasa, pero, cuando hablaba con precision ¡qué sonrisa de triunfo volvía hácia el maestro! Desde hacia muchos meses no había experimentado una plenitud de bienestar y de alegría semejantes. El tinte de cera del pequeño Zara, su fisonomía borrosa de niño débil parecían infundidos de una sangre nueva; hasta el paisaje, cuyos planos tristes se desvanecían ante la magia de esta palabra, no dejaba ver más que lo que tiene de imponente y grandioso el vasto desenlace del invierno.

Y mientras que la reina permanecía atenta, con el codo apoyado, y el cuerpo echado adelante, pendiente por completo de este porvenir en que el niño-rey se le aparecía en triunfo á su vuelta á Leybach, Eliseo, tembloroso, maravillado de una trasfiguracion de que no sabía ser la causa, veía sobre esta hermosa frente de un tono de ágata torcerse y enroscarse como diadema real los reflejos cruzados de sus pesadas trenzas.

Llegaba el mediodía, y la leccion duraba aún. En el salon principal, en que la pequeña córte se reunía todas las mañanas á la hora del desayuno, comenzábase á cuchichear, á admirarse de no ver aparecer al rey ni á la reina. El apetito y la ociosidad

de estos instantes en que la comida se hace esperar, mezclaban cierto mal humor á las conversaciones en voz baja. Boscovich, pálido de frío y de hambre, y que venia de azotar los sotos durante dos horas para encontrar alguna florecilla de la última estación, se calentaba los dedos, de pié, delante de la alta chimenea de mármol blanco en forma de altar, sobre la cual decia á veces el padre Alfeo, los domingos, misa privada. La marquesa, majestuosa y rígida en el borde de un divan, con vestido de veludillo verde, sacudia la cabeza con un aire trágico sobre su largo cuello magro rodeado de un *boa*, haciendo al par sus confidencias á la princesa Coletta. La pobre mujer estaba desesperada de que se le hubiese arrebatado su educando para confiarle á una especie... una verdadera especie... ella le habia visto atravesar por la mañana el patio.

—Amiguita mia... le causaria miedo... cabellos larguísimos. con el aire de un loco... Sólo el padre Alfeo podia tener semejantes hallazgos.

—Dicen que es muy sábio...—dijo la princesa, distraida... con la cabeza á pájaros.

La otra saltó al oír esto... Muy sábio... ¡muy sábio!... ¿Acaso el hijo de un rey tiene necesidad de ser atiborrado de griego y de latin como un diccionario?... «No, no; créame, amiguita mia, estas educaciones exigen conocimientos especiales... yo los tenia; yo estaba pronta. He estudiado el tratado del abate Diguét sobre la *Institucion de un príncipe*. Yo sé de memoria los diferentes medios que él indica para conocer los hombres y para desviar á los aduladores. Los primeros son en número de seis, y se cuentan siete para los segundos. Hélos aquí por su orden...»

Y se puso á recitarlos á la princesa, que no la escuchaba, toda enervada, sin gracia, sentada en uno de los cogines con su traje de un azul muy pálido, segun la moda de aquel año; y mirando la puerta que conducia á los departamentos del rey, con lágrimas de amante en la punta de las pestañas, con la cara eno-

jada de una mujer bonita que ha compuesto su adorno para alguno que no llega. Rígido en su frac cruzado, el anciano duque de Rosen se paseaba de un extremo á otro con automático paso, regular como la péndola de un reloj, deteniéndose en una ú otra de las ventanas que daban al jardín ó al patio, y allí, con la mirada levantada bajo los pliegues de su frente, parecia el oficial de un buque encargado de la marcha y de la responsabilidad de la tripulacion... Y verdaderamente, el aspecto del navío le hacia honor. Los rojos ladrillos de las salas generales, y el pabellon de la intendencia, lucían, lavados por la lluvia, que rebotaba sobre la superficie nítida de las gradas, y de una arena fina endurecida. En los dias sombríos, una claridad venia positivamente del orden de las cosas, y se reflejaba hasta en el gran salon, alegrado por el calor difundido de las alfombras y de los caloríferos; del mobiliario de tiempos de Luis XVI, blanco y oro de los clásicos ornamentos, reproducidos sobre las maderas de las puertas y de los espejos, éstos muy grandes; y de un pequeño cartel dorado, retenido sobre uno de ellos por lazos de cintas. En uno de los ángulos de la vasta pieza, una rinconera de la misma época, sostenia, en una caja trasparente, la diadema salvada del naufragio. Federica habia querido que estuviese allí, «para que tuviesen memoria», decia ella. Y, á pesar de las burlas de Christian, que encontraba esto rococó, museo de los soberanos endiablados, la espléndida joya de la Edad Media, con brillantes pedrerías en el viejo oro cincelado y afligianado, arrojaba una nota de antigua caballería, en medio de la coquetería del siglo diez y ocho, y del gusto múltiple del nuestro.

El rodaje sobre la arena de un carruaje familiar, anunció la llegada del ayuda de campo. Al cabo, éste era siempre alguien.

—¿Cómo vienes tarde á tomar órdenes, Herberto?—dijo el duque con gravedad.

El príncipe, aunque mozancon, tembloroso siempre delante de su padre, se enrojació y murmuró varias excusas... desolado... sin culpa suya... el servicio de toda la noche.



—¿Por esto, acaso, es por lo que el rey no ha bajado aún?— dijo la princesa aproximando su fina naricilla al diálogo de los dos hombres.

Una mirada severa del duque le cerró la boca. La conducta del rey no atañía á persona alguna.

—Suba usted pronto, señor mio, su majestad debe esperar á usted.

Herberto obedeció, despues de haber intentado obtener una sonrisa de su adorada Coletta, cuyo mal humor, lejos de calmarse con su llegada, fué á enfurruñarse sobre el divan, con los lindos bucles en desórden, y el vestido azul estropeado como por las contracciones de la mano de un niño. El príncipe Herberto, desde hacia algunos meses, se habia hecho, no obstante, un bello hombre. Su mujer habia exigido que en su calidad de ayuda de campo se dejase crecer el bigote, lo cual daba una expresion formidablemente marcial al bueno de su rostro enflaquecido y pálido por los insomnios y las fatigas de su servicio cerca del rey.

Además, cojeaba un poco todavía, marchaba apoyado sobre un baston, como un verdadero héroe de aquel sitio de Ragusa, cuyo memorial acababa de escribir, memorial ya famoso antes de aparecer, y que leído por el autor una noche en casa de la reina de Palermo, le habia valido, con una brillante ovacion mundana, la promesa formal de un premio de la Academia.

¡Pensad qué situacion, qué autoridad daba todo esto al marido de Coletta! Mas él no dejaba por eso su aire de buen muchacho, pazguato, tímido, sobre todo delante de la princesa, que continuaba tratándole con el más gracioso desprecio. Lo que prueba bien que no hay hombre grande para su mujer.

—Y bien, ¿qué hay de nuevo?—dijo ella con un tonillo impertinente viéndole reaparecer, con el semblante estupefacto y revuelto.

—¡El rey no ha vuelto aún!

Estas breves palabras de Herberto produjeron el efecto de

una descarga eléctrica en el salon. Coletta, muy pálida, con las lágrimas en los ojos, encontró la primera la palabra:

—¿Es posible?—dijo.

Y el duque con cortada voz:

—¡No ha vuelto!... ¿Cómo no me lo han advertido?

El *boa* de madama de Silvis se irguió, se retorció convulsivamente.

—¡Con tal que no le haya sucedido nada!—dijo la princesa en un estado de exaltacion extraordinaria.

Pero Herberto la tranquilizó. Lebeau, el camarero, habia partido hacia una hora con la maleta. Seguramente, él debia de tener noticia.

En el silencio que siguió, cerníase para todos el mismo pensamiento inquietante que el duque de Rosen resumió súbitamente.

—¿Qué vá decir la reina?

Y Boscovich, tembloroso:

—Su Majestad le habrá quizás prevenido...

—Yo estoy segura que no,—afirmó Coletta;—porque la reina decia desde muy temprano que en el desayuno presentaria al rey el nuevo preceptor.

Y trémula, añadió entre dientes, mas bastante alto para ser entendida:

—En su lugar, sé yo bien lo que haria.

El duque, indignado, se volvió con los ojos llameantes hácia esta pequeña burguesa que no podia conseguir desvastar, y probablemente iba á darle una fuerte leccion de respeto monárquico, cuando la reina apareció, seguida de Eliseo, el cual conducia á su real discípulo por la mano. Todos se levantaron. Federica, con una hermosa sonrisa de mujer dichosa, que no se le habia visto desde hacia mucho tiempo, presentó al señor Meraut... ¡Oh! Cómo estuvo repitiendo por espacio de ocho dias la marquesa su saludo burlesco y empingorotado! La princesa no encontró la fuerza de un gesto... De pálida pasó á purpúrea, recono-

ciendo en el nuevo maestro al muchachon, al lado del cual habia almorzado en casa de su tío y que habia escrito el libro de Herberto ¿Acontecia esto por obra del azar ó de alguna maquinacion diabólica? Qué vergüenza para su marido, qué nueva ridiculez si se llegaba á saber esta superchería literaria, pero se serenó un poco ante el saludo frio de Eliseo, el cual debia, no obstante, haberla reconocido. «Es un hombre de talento,» pensó. Desgraciadamente, todo se comprometió por la candidez de Herberto, su estupefaccion á la entrada del preceptor, y el apretón de manos que le dió familiarmente con un: «Buenos dias, ¿cómo va?»

—¿Conoce usted, pues, al señor?—le preguntó la reina, que sabia por su capellan la historia del *Memorial*, y sonreia no sin alguna malicia.

Pero ella era demasiado buena para recrearse largo tiempo en un juego cruel.

—Decididamente, el rey se olvida de nosotros,—dijo.—Suba usted, pues, á prevenirle, señor de Rosen.

Fué menester confesarle la verdad; que el rey no estaba en el hotel, que habia pasado la noche fuera, y dar el informe de la maleta. Como era esta la primera vez que semejante cosa sucedia, todos esperaban un estallido de esta naturaleza ardiente y brava, tanto más cuanto que la presencia de un extraño agravaba aún más el delito. No. Ella permaneció tranquila. Apenas dirigió algunas palabras al ayuda de campo para informarse del último momento en que habia visto á Christian.

Hácia las tres de la mañana... su majestad bajaba el *boulevard* á pié con monseñor el príncipe Axel.

—¡Ah, sí, es verdad.—Me olvidaba. Tenian que hablar juntos.

En estas entonaciones tranquilas acababa de recobrar su serenidad. Pero nadie se dió por engañado. Todos conocian al príncipe de Axel, y sabian para qué género de conversacion prevista, esta Alteza degradada, este príncipe vividor, era bueno.

—Vamos, á la mesa,—dijo Federica reuniendo con gesto soberano á todo su pequeño cortejo en una calma que ella se esforzaba en demostrar.

Faltaba allí un brazo para pasarla á la sala. Vaciló, no estando presente el rey. Y de repente, volviéndose hácia el conde de Zara, que seguia con sus grandes ojos, con su aire inteligente de niño enfermo y precoz toda esta escena, le dijo con una ternura profunda, casi respetuosa, con una sonrisa seria que jamás conoció en ella:

—Venid, señor.